

BHIKKHU THANISSARO

Sin Condiciones

LA CULTURA DE LA GENEROSIDAD DE BUDDHA

"¿Cómo podría yo jamás retribuirle su enseñanza?"

Los buenos maestros de meditación escuchan a menudo esta pregunta de sus estudiantes, y la mejor respuesta que yo conozco es la que daba mi maestro, Ajaan Fuang, todas las veces:

"Siendo determinado en tu práctica."

Cada vez que respondía así, yo sentía el impacto de la nobleza y la amabilidad de su respuesta. Y no se trataba simplemente de una formalidad. Nunca trató de buscar oportunidades para presionar a sus estudiantes para que hicieran donaciones. Incluso cuando nuestro monasterio era pobre, nunca actuó como pobre, nunca trató de sacarle una ventaja a su gratitud y confianza. Esto fue un cambio alentador con respecto a alguna de mis previas experiencias con monjes comunes y corrientes de pueblos y ciudades que se apresuraban lanzando indirectas sobre la necesidad de las donaciones de visitantes incluso cuando venían porque se habían extraviado o cuando venían ocasionalmente.

Al final aprendí que el comportamiento de Ajaan Fuang es el habitual en toda la Tradición del Bosque. Está basado en el Canon Pali donde el Buddha, en su lecho de muerte, declara que el mayor homenaje que le pueden rendir no es material, sino un homenaje por la práctica del Dharma en acuerdo con el Dharma. En otras palabras, la mejor manera de retribuirle a un maestro lo recibido es tomándose en serio el Dharma y practicándolo de tal forma de realizar el propósito compasivo por el cual un maestro o una maestra enseña. Me enorgullecía ser parte de una tradición donde la riqueza interior de esta noble idea se vivencia realmente—donde, como Ajaan Fuang lo decía con frecuencia, no nos reducían a asalariados, y el acto de enseñar el Dharma era simplemente un regalo.

Por eso, al volver a Estados Unidos, me entristecí cuando me encontré por primera vez con las charlas del *dāna*: la charla sobre el dar y la generosidad que

aparece frecuentemente al final de un retiro. El contexto de la charla —y a menudo su contenido— deja claro que no es un ejercicio desinteresado. Está dirigido a generar regalos para el maestro o la organización que sponsoriza el retiro, y pone el peso de la responsabilidad en los participantes para asegurar que se puedan hacer otros retiros en el futuro. El lenguaje de la charla es a menudo suave y motivador, pero cuando se lo contrasta con la respuesta de Ajaan Fuang, encuentro el mero hecho de la charla de mala educación y degradante. Si los organizadores y maestros realmente confiaran en el buen corazón de los participantes del retiro, no darían la charla en absoluto. Lo que empeora aún más las cosas, la típica charla del dāna —junto a su complemento, la carta del centro de meditación de recaudación de fondos— cita a menudo el ejemplo de cómo los monjes y monjas son apoyados [financieramente] en Asia como justificación de cómo es abordado el dāna en Occidente. Pero toman como ejemplo los peores monjes, no los mejores.

Entiendo el razonamiento en el que se basa la charla. Los maestros laicos aquí aspiran al ideal de enseñar de forma gratuita, pero aún así necesitan comer. Y contrariamente a los monásticos de Asia, no tienen una larga tradición del dāna que los respalde. Así que la charla del dāna se pensó como un medio para establecer una cultura del dāna en un contexto occidental. Pero tal como es a menudo el caso con nuevas costumbres ideadas para el Budhismo Occidental, la pregunta es si la charla del dāna traduce hábilmente principios Budhistas para un contexto occidental o si los distorsiona seriamente. La mejor manera de responder esta pregunta es mirar con mayor detenimiento dichos principios en su contexto original.

Es bien sabido que dāna se encuentra al principio de la práctica Budhista. Dāna, de manera literal, mantuvo al Dharma vivo [Dharma es la enseñanza del Buddha]. Si no fuera por la tradición de la India de hacer donativos a los mendigos, el Buddha nunca hubiese tenido la oportunidad de explorar y encontrar el camino al Despertar. La Sangha monástica no habría podido tener ni el tiempo ni la oportunidad para seguir su camino. Dāna es la primera enseñanza de los discursos graduados: la lista de los temas que el Buddha utilizaba para conducir a sus oyentes paso a paso a una apreciación de las cuatro nobles verdades, y desde allí a menudo a su primera experiencia del Despertar. Cuando afirmaba los principios básicos del karma, empezaba con la declaración "Hay lo que es dado."

Lo que se conoce menos es que al hacer esta declaración, el Buddha no estaba tratando de obvias verdades ni clichés, porque la temática del dar era en realidad

controversial en su tiempo. Por siglos los brahmanes de la India habían elogiado la virtud del dar siempre y cuando los regalos se les dieran a ellos. No solo eso, los regalos para los brahmanes eran obligatorios. Las personas de otras castas, cuando no cedían a los pedidos de regalos de los brahmanes, descuidaban lo más esencial de sus obligaciones sociales. Si ignoraban sus obligaciones en la vida presente, esas personas y sus familiares podían sufrir adversidades tanto en el presente como después de morir.

Como era de esperar, esta actitud generó oposición. Muchos de los *samana*, es decir los contemplativos, que eran movimientos de la época del Buddha, se opusieron a las afirmaciones de los brahmanes declarando que no había ninguna virtud en el hecho de dar en lo más mínimo. Los argumentos se dividían en dos bandos. Un bando declaraba que dar no implicaba ninguna virtud porque no había otra vida. Una persona no era más que elementos físicos que al morir retornaban a sus esferas respectivas. Eso era todo. Por lo tanto dar no proveía ningún resultado a largo plazo. El otro bando afirmaba que no había tal cosa como dar, puesto que todo en el universo había sido determinado por el destino. Si un donante le daba algo a otra persona, no era realmente un regalo porque el donante no tenía opción o libre albedrío al respecto. El destino se estaba simplemente cumpliendo.

Así que cuando el Buddha, en su introducción a la enseñanza del karma, empezó diciendo que "hay lo que ha sido dado", estaba repudiando los dos bandos. Dar *da* resultados tanto ahora como en el futuro, y *es* el resultado de la libre elección del donante. Sin embargo el Buddha, contrariamente a los brahmanes, llevó el principio de la libertad un paso más adelante. Cuando se le preguntaba dónde se debía dar un regalo, él decía sencillamente, "Dondequiera que la mente se sienta inspirada." En otras palabras —aparte de retribuir nuestra deuda con nuestros padres— no impuso ninguna obligación de dar. Esto quiere decir que la decisión de dar es un acto de verdadera libertad, y por lo tanto la mejor manera de comenzar el camino hacia la total liberación.

Es por ello que el Buddha adoptó el *dāna* como contexto para la práctica y la enseñanza del Dharma. Pero, para que los dos principios inseparables de libertad y de fecundidad permanezcan cuando se da, Buddha creó una cultura del *dāna* que encarna especialmente los ideales Buddhistas. Para empezar, definió *dāna* no simplemente como un don material. La práctica de los preceptos, dijo, era también un tipo de *dāna*: el don universal de la seguridad, que protege a todos los seres del daño de nuestras acciones inhábiles, como también lo era el acto de enseñar el Dharma. Esto implicaba que la fastuosidad del donativo no era una

prerrogativa de los ricos solamente. En segundo lugar, formuló un código de conducta para producir una actitud hacia el dar que fuera beneficiosa tanto para quien da como para quien recibe, manteniendo así la práctica del dar tanto fecunda como libre.

Tendemos a no asociar los códigos de conducta con la palabra « libertad », porque olvidamos que la libertad, también, necesita protección, especialmente de la actitud que quiere ser libre en sus elecciones pero que se siente insegura cuando son otros los que ejercen la libertad en sus elecciones. El código de conducta del Buddha es voluntario —nunca obligó a nadie a practicar sus enseñanzas— pero una vez que se adoptan, estas requieren la cooperación de las dos partes para poder mantenerlas efectivas y fuertes.

Estos códigos se comprenden mejor en términos de los seis factores que Buddha dijo que ejemplificaban el ideal del don:

« El donante, antes de dar, se siente contento; mientras está dando, su mente se siente inspirada; y luego de dar, se siente gratificada. Estos son los tres factores del donante.... »

« Los receptores [del donativo] están libres de pasiones o están practicando con el fin de dominar las pasiones; están libres de aversión o practicando para superar la aversión; y están libres de confusión [delusion en inglés] o están practicando para superar su confusión. Estos son los tres factores de los receptores. » — Anguttara Nikaya 6:37 « Dar, Sutra del Dāna »

Si bien este pasaje parece sugerir que cada parte es responsable solamente de los factores de su lado, la etiqueta más amplia del Buddha para la generosidad muestra que la responsabilidad de los seis factores, y en particular los tres factores del donante, está compartida. Y esta responsabilidad compartida prosperará mejor en una atmósfera de mutua confianza.

Para los donantes, esto significa que si se quieren sentir contentos, inspirados y gratificados por su don, deberían no mirar el donativo como un pago por servicios personales que les fueron otorgados por monjes o monjas individualmente. Esto convertiría al donativo en un salario, y lo privaría del poder de su beneficio emocional. En cambio, lo mejor sería buscar receptores fiables observando su integridad: personas que están entrenando, o que han entrenado sus mentes a estar limpias y purificadas. Deberán también ofrecer el don de manera respetuosa de tal forma que el acto de dar pueda reforzar el contento que lo había inspirado, y que inspirará al destinatario a valorar el don.

Las responsabilidades de los destinatarios, sin embargo, son incluso más estrictas. Para asegurarse de que el donante sienta contento antes de dar, los monjes y monjas tienen prohibido presionar al donante de cualquier manera que sea. Excepto cuando están enfermos o en situaciones donde el donante los ha invitado a hacer el pedido, no pueden pedir nada que no esté dentro de las necesidades más básicas de emergencia. Ni siquiera están autorizados a insinuar nada sobre lo que les gustaría recibir. Cuando los donantes les preguntan a los monjes y monjas dónde hacer futuras donaciones, se les dice de seguir el ejemplo del Buddha diciendo: « Dá donde sea que tu don pueda ser utilizado, o pueda ser bien cuidado, o pueda durar mucho tiempo, o dondequiera que tu mente se sienta inspirada. » Esto le transmite al donante un sentido de confianza en su propio discernimiento, lo cual es en sí mismo un regalo que deleita su propia mente.

Para garantizar que un donante se sienta inspirado mientras está ofreciendo el donativo, a los monjes y monjas se les impone recibir las donaciones con una cuidadosa atención y una actitud de respeto. Para garantizar que el donante sienta gratificación después de dar, los monjes y monjas deben vivir frugalmente, cuidar de la donación, cerciorándose de que es utilizada de manera apropiada. En otras palabras, deben demostrar que la confianza que el donante puso en ellos está bien puesta. Y por supuesto que [los monjes y las monjas] deben trabajar en dominar su avidez, su aversión y su confusión [*delusion*]. De hecho, esta es la principal motivación para tratar de alcanzar el estado de arahant [quien alcanzó el despertar]: de manera que las donaciones que se le hayan ofrecido le procuren grandes frutos al donante.

Al compartir estas responsabilidades en una atmósfera de confianza, ambas partes protegen la libertad de quien hace la donación. También promueven las condiciones que van a permitir no solamente la práctica de la generosidad sino también que toda la práctica del Dharma pueda fructificar y crecer.

Los principios de libertad y fecundidad gobiernan también el código del Buddha formulado específicamente para proteger el regalo del Dharma. Aquí también, las responsabilidades son compartidas. Para asegurarse de que el maestro se sienta contento, inspirado y gratificado enseñando, se les recomienda a los oyentes de escuchar con respeto, de tratar de comprender la enseñanza, y — una vez que están convencidos de que es algo genuinamente sabio— de ponerla en práctica de manera de lograr los resultados deseados. Igual que un monje o monja cuando reciben un regalo material, el destinatario del regalo del Dharma tendrá también la sencilla responsabilidad de tratar bien el regalo.

Por otra parte, el maestro, tiene que ser muy cuidadoso de no encarar el acto de enseñar como el reembolso de una deuda. Al fin y al cabo, los monjes y monjas retribuyen su deuda con los donantes tratando de eliminar de sus propias mentes la avidez, la aversión y la confusión [*delusion*]. De ningún modo están obligados a enseñar, lo cual quiere decir que el acto de enseñar es un regalo totalmente gratuito. Además, el Buddha insistió en que el Dharma debe ser enseñado sin expectativas de una retribución material. Una vez que se le ofreció un "honorario de maestro" al Buddha por su enseñanza, se rehusó a aceptarlo y le dijo al donante que lo tirara. También estableció el precedente que cuando un monástico enseña las gratificaciones de la generosidad, dicha enseñanza debe darse después que el regalo fue ofrecido, no antes, para que la mancha de una insinuación no ensucie lo que había sido dicho.

Todos estos principios asumen un nivel superior de nobleza y restricción en ambos lados de la ecuación, razón por la cual la gente trató de encontrar maneras de evitarlos incluso cuando el Buddha aún vivía. Las historias originales de la disciplina monástica —los relatos que describen las malas conductas que condujeron al Buddha a formular reglas para los monjes y monjas— a menudo relatan sobre los monásticos cuyo don del Dharma venía con condiciones, y de personas laicas que utilizaban esas condiciones para obtener lo que querían de los monásticos: favores personales ofrecidos con una sonrisa adulatoria. La constante persistencia del Buddha formulando reglas para cortar dichas condiciones muestra cuán determinado estaba de que el principio del Dharma como un genuino regalo libre y gratuito no fuera un ideal vacío. Quería que influenciara la manera en que las personas vivían realmente.

Nunca dio una extensa explicación sobre porqué el acto de enseñar debía ser siempre un regalo, pero sí declaró que en términos generales cuando su código de conducta se corrompiera a lo largo del tiempo, ello corrompería también el Dharma. Y en el caso de la etiqueta y protocolo de la generosidad, este principio se corroboró con frecuencia a través de la historia del Buddhismo.

Un primer ejemplo se registró en los Apadānas, que los académicos creen que fueron agregados al Canon posteriormente a la época del rey Asoka. Los Apadānas hablan sobre las gratificaciones del dar de una manera que denota cuán ansiosos estaban los monjes que los redactaron de recibir lujosos regalos. Prometían que incluso un pequeño donativo produciría el fruto que garantizaría alcanzar el estado de arahant muchos eones en el futuro, y que el camino desde ahora hasta entonces estaría siempre lleno de placer y prestigio. Las realizaciones [espirituales] de especial distinción requerían sin embargo de una donación

especial. Algunas de estas donaciones tienen un parecido simbólico con las deseadas distinciones —el don de una lámpara encendida, por ejemplo, presagia la clarividencia— pero la preferencia como regalo para una distinción era el valor de una semana de lujosas comidas para todo el monasterio, o por lo menos para los monjes que enseñaban.

Es obvio que los monjes que compusieron los Apadānas estaban dándole rienda suelta a su avidez, y estaban impacientes por decirles a sus oyentes lo que los oyentes querían escuchar. El hecho de que estos textos fueron registrados para la posteridad muestra que los oyentes, en realidad, estaban complacidos. Por lo cual los maestros y sus estudiantes, actuando en connivencia, desviaron la cultura del dāna en dirección de sus aflicciones. Al hacer esto distorsionaron también el Dharma. Si dar-regalos garantiza el Despertar, esto sustituye el óctuple noble camino con un mono-camino del regalo. Si la senda al Despertar es siempre prestigiosa y llena de alegría, el concepto de esfuerzo correcto desaparece. Sin embargo, una vez que estas ideas se introdujeron en la tradición Buddhista, ganaron un sello de autoridad y afectaron la práctica Buddhista para siempre. A lo largo de toda el Asia Buddhista, las personas tienden a dar regalos con la mirada puesta en el simbolismo de la promesa de gratificaciones futuras; y la lista de las donaciones elogiadas en los Apadānas se ve casi como un catálogo de las donaciones que se llevan a los altares a través de toda el Asia Buddhista incluso hoy en día.

Lo cual demuestra que una vez que la cultura del dāna se distorsiona, puede distorsionar la práctica del Dharma en su totalidad por muchos siglos. Por lo tanto si somos realmente serios en traer la cultura del dāna a Occidente, deberíamos ser muy cuidadosos para asegurar que nuestros esfuerzos honren los principios que hacen al dāna una práctica genuinamente Buddhista. Esto quiere decir no seguir utilizando las tácticas modernas de recaudación de fondos con el fin de motivar la generosidad de los participantes en retiros o de los Buddhistas en general. También quiere decir reconsiderar la charla del dāna, ya que en muchos casos falla en su intento. Al presionar a los participantes en retiros a hacer donativos a los maestros, no conduce al regocijo antes del dar, y suena en cambio como la súplica por una propina al final de la comida. Los frecuentes esfuerzos de tocar la fibra sensible de los participantes en los retiros como forma de acceder a sus bolsillos delatan una falta de confianza en su sensatez y dejan un mal sabor. Y la forma en que se encara toda la gestión del dāna para los maestros no escapa el hecho de que es el pago por un servicio otorgado. Aunque los maestros piensen en esto conscientemente o no, los presiona sutilmente para

decirles a sus oyentes lo que desean oír. El Dharma no puede sino sufrir como resultado de ello.

La solución ideal sería proporcionar un marco gracias al cual los practicantes serios del Dharma pudieran ser apoyados independientemente de si enseñan o no. De esa manera, el acto de enseñar sería un genuino regalo. Entre tanto, sin embargo, un paso en dirección hacia una genuina cultura del dāna sería de declarar una moratoria en cuanto a todas las charlas del dāna al final de los retiros, y sobre referencias a la tradición Buddhista del dāna en campañas de recaudación de fondos, de forma de darle tiempo a la palabra para recuperar su dignidad.

En retiros, se podría discutir sobre dāna en términos generales, en el contexto de muchas charlas del Dharma que se dan sobre la mejor manera de integrar las prácticas del Dharma en la vida cotidiana. Al final del retiro, se podría dejar una canasta para donaciones, con una nota que explicara que no se le ha pagado maestro por enseñar en el retiro. Eso es todo. Nada de apelar a la misericordia. Nada de fichas pedagógicas. Los participantes del retiro con sensibilidad serán capaces de atar cabos y se sentirán contentos, inspirados y gratificados porque se confió en su capacidad de hacer los cálculos por sí mismos.

* * *

Fuente: <https://www.dhammatalks.org/books/Head&HeartTogether/Section0005.html> - Extraído el 3 de Agosto, 2022.

Traducción de Margarita Huber. Ultima revisión 25 de Septiembre 2025. Todo error u omisión es de mi total responsabilidad, por lo cual me disculpo de antemano.